

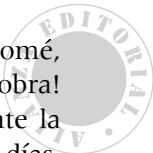


El corazón delator

¡Cierto! Nervioso... he sido y soy terriblemente nervioso; pero, ¿por qué tendría nadie que decir que estoy loco? La enfermedad me había aguzado los sentidos: no los había destruido, ni siquiera los había embotado. En especial era extraordinaria mi agudeza auditiva. Lo oía todo, tanto en el cielo como en la tierra. Oía muchas de las cosas que pasaban en el infierno. ¿Cómo era posible, por tanto, que estuviera loco? Presta atención y observa de qué manera tan normal y tan tranquila voy a contarte toda la historia.

Es imposible precisar cuándo se me apareció la idea por primera vez, pero estoy en condiciones de decir que, una vez concebida, me obsesionaba día y noche. Motivo, no tenía ninguno. Tampoco pasión alguna. Quería al anciano. Nunca me había perjudicado. Nunca me había insultado. No deseaba su dinero. ¡Creo que fueron sus ojos! ¡Sí, eso fue! Tenía ojos de buitre... ojos de un azul muy pálido, cubiertos por un velo. Cuando se posaban sobre mí, se me helaba la sangre en las venas; así que poco a poco, de manera muy gradual, formé el propósito de quitarle la vida y así librarme para siempre de aquellos ojos.

Y aquí está el quid de la cuestión. Te imaginas que estoy loco. Los locos no están al tanto de nada. Pero tendrías que haberme visto. ¡Tendrías que haber visto con



cuánta prudencia actué, cuántas precauciones tomé, qué previsor fui, con qué disimulo puse manos a la obra! Nunca fui más amable con el anciano que durante la semana anterior a acabar con su vida. Y todos los días, hacia medianoche, giraba el pomo de la puerta de su cuarto y la abría... ¡con cuánta delicadeza! Después, en el momento en que la abertura era lo bastante amplia para permitirme pasar la cabeza, introducía una linterna sorda, cerrada del todo, para que no brotara de ella ninguna luz, y a continuación introducía la cabeza. ¡Te hubieras reído al ver con qué astucia procedía a hacerlo! Me movía despacio, en verdad muy despacio, para no turbar el sueño del anciano. Me llevaba una hora pasar la cabeza lo suficiente para verlo tal como estaba, tumbado en la cama. ¿Qué me dices? ¿Es que un loco habría sido tan prudente? Y luego, cuando la cabeza ya estaba dentro, recorría la pantalla opaca de la linterna con mucho cuidado, ¡con infinito cuidado! (porque chirriaba), sólo lo suficiente para que un único rayo muy fino iluminara los ojos de buitre. Aquello lo hice durante siete largos días –siempre a medianoche–, aunque todas las veces los ojos estaban cerrados, de manera que era imposible hacer el trabajo que me había propuesto; porque no era el anciano quien me irritaba, sino el Mal de Ojo que le era consustancial. Y todas las mañanas, al empezar el día, entraba audazmente en su habitación y le hablaba lleno de valor, llamándolo por su nombre con tono afectuoso e interesándome por saber cómo había pasado la noche. De manera que, como ves, tendría que haberse tratado de un hombre en extremo perspicaz, sin duda alguna, para sospechar que todas las noches, precisamente a las doce, entraba a verlo mientras dormía.

El octavo día extremé las precauciones a la hora de abrir la puerta. En un reloj, la manecilla de los minutos

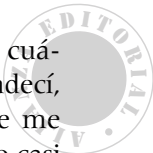
se mueve más deprisa de lo que se movía mi brazo. Nunca hasta entonces había sentido lo prodigioso de mis energías, de mi sagacidad. Apenas lograba reprimir la sensación de triunfo. Pensar que allí estaba yo, abriendo la puerta poco a poco, sin que él se imaginara ni por lo más remoto cuáles eran mis intenciones ni mis pensamientos secretos. La idea me hizo reír entre dientes; y quizás me oyó, porque de repente se movió en la cama, al parecer sobresaltado. Quizás ahora pienses que retrocedí, pero no fue así. La habitación tenía la negrura del alquitrán, porque la oscuridad era muy densa (las contraventanas estaban bien cerradas, por temor a los ladrones), de manera que yo sabía de la imposibilidad de que viera abrirse la puerta e insistí en empujarla muy despacio pero sin pausa.

Ya tenía la cabeza dentro y estaba a punto de abrir la linterna cuando el pulgar me tropezó con el cierre de hojalata y el anciano se incorporó en la cama, exclamando:

—¿Quién anda ahí?

Me quedé del todo inmóvil y no dije nada. Por espacio de una hora entera no moví ni un músculo y, mientras tanto, no oí que volviera a tumbarse. Seguía sentado en la cama, escuchando; exactamente como había hecho yo, noche tras noche, prestando atención al ruido de la carcoma en la pared.

A continuación oí un débil gemido, y supe que era la consecuencia de un terror mortal. No se trataba de un gemido de dolor ni de aflicción —desde luego que no— sino de un débil sonido ahogado que procede del fondo del alma, desbordada por el asombro. Conocía bien aquel sonido. Muchas veces, exactamente a medianoche, cuando todo el mundo duerme, me ha brotado del pecho, aumentando, con su espantoso eco, los terrores



que me asedian. Ya digo que lo conocía bien. Sabía cuáles eran los sentimientos del anciano, y lo compadecí, aunque sin renunciar a reírme en silencio. No se me ocultaba que seguía despierto desde el primer ruido casi imperceptible, cuando había cambiado de postura. Sus temores habían ido creciendo desde entonces. Trataba de convencerse de que eran infundados, sin conseguirlo. Se había dicho: «No era más que el viento en la chimenea... sólo se trataba de un ratón deslizándose por el suelo» o «no era más que un grillo que ha cantado una sola vez». Sí; había estado tratando de tranquilizarse con aquellas suposiciones, pero todo había sido en vano. En vano todo; porque la Muerte, al acercársele, lo había alcanzado con su negra sombra, envolviendo a su víctima. Y era la fúnebre influencia de la sombra no advertida lo que le hacía sentir –aunque ni la viera ni la oyera– la presencia de mi cabeza en el interior del cuarto.


Después de esperar muchísimo tiempo, con admirable paciencia, sin que llegara a oír que se tumbaba de nuevo, decidí abrir un poco, muy poco, la linterna sorda. Procedí a hacerlo –no te puedes imaginar con qué sigilo, con qué cuidado– hasta que a la larga un simple rayo debilísimo, como un hilo de telaraña, brotó de su interior y cayó de lleno sobre los ojos de buitre.

Estaban abiertos –abiertos al máximo– y yo me enfurecí al contemplarlos. Los vi con absoluta claridad: todo el azul tan pálido, con el horroroso velo que me helaba la médula de los huesos; pero no lograba ver nada más del rostro ni de la persona del anciano, porque había dirigido el rayo, como por instinto, para iluminar precisamente aquel punto abominable.

Y, ¿no te he dicho ya que lo que tú confundes con la locura no es más que la extrema agudeza de los sentidos? A continuación, te digo, empecé a oír un sonido

débil, sordo y rápido, muy parecido al que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. También conocía muy bien aquel sonido. Era el latido del corazón del anciano, lo que incrementó mi furia, como el redoble de un tambor estimula el valor del soldado.

Pero incluso entonces me contuve y permanecí quieto. Apenas respiraba. Inmovilicé la linterna. Traté de comprobar hasta qué punto era capaz de mantener iluminados los ojos con aquel rayo. Mientras tanto el infernal tamborileo del corazón aumentaba y se hacía más rápido y más sonoro a cada instante. ¡El terror del anciano tenía que ser superlativo! ¡Se hacía más sonoro, como te digo, a cada instante! Recuerda que te he confesado mi nerviosismo, porque es la verdad. Y entonces, a medianoche, y en el terrible silencio de aquel viejo caserón, un ruido tan extraño despertó en mí un terror incontrolable. Me contuve, sin embargo, durante algunos minutos más y permanecí inmóvil. Pero los latidos se hacían cada vez más fuertes, ¡más y más fuertes! Pensé que al anciano iba a estallarle el corazón. Y entonces una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡algún vecino lo oiría! ¡Le había llegado su hora! Con un grito desgarrador, abrí del todo la linterna y entré de un salto en la habitación. El anciano gritó: sólo una vez. En un instante lo arrastré hasta el suelo y le arrojé encima el pesado colchón: luego sonreí alegre, al comprobar que ya había hecho lo que era menester. Pero, durante muchos minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Aquello, sin embargo, no me preocupó; no se oiría a través de la pared. A la larga cesó. El anciano estaba muerto. Retiré el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Le puse una mano sobre el corazón y la mantuve allí durante muchos minutos. El pulso había desaparecido. Estaba muerto y bien muerto. Sus ojos no volverían a molestarme.



Si todavía piensas que estoy loco, dejarás de pensarlo cuando te describa las sensatas precauciones que tomé para ocultar el cuerpo. La noche terminaba y trabajé de prisa, pero en silencio. Empecé por desmembrar el cadáver. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Luego retiré tres tablas del suelo del dormitorio y lo deposité todo en el hueco así abierto. A continuación volví a colocar las tablas de manera tan inteligente, con tanta astucia, que ningún ojo humano –ni siquiera el suyo– podría haber descubierto el menor error. No se necesitaba lavar nada: no quedaban manchas de ninguna clase, nada de sangre, nada que ocultar en absoluto. Había estado demasiado pendiente para que sucediera una cosa así. Con un cubo lo había recogido todo, ¿qué te parece?

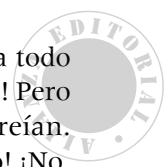
Cuando puse término a aquel trabajo tan minucioso eran las cuatro de la madrugada... todavía el cielo estaba igual de oscuro que a medianoche. Al dar el reloj la hora, se oyó que alguien llamaba a la puerta de la calle. Bajé a abrir sin temor alguno en el corazón, porque, ¿qué quedaba ya que pudiera inspirarme miedo? Entraron tres hombres que se presentaron, con gran cortesía, como agentes de la policía. Un vecino había oído un alarido durante la noche; se había planteado la sospecha de algún acto criminal; la información había llegado a la comisaría y se les había encargado a ellos (a los agentes) registrar la casa.

Sonreí, porque, ¿acaso podía temer algo? Di la bienvenida a aquellos caballeros. El alarido, dije, lo había lanzado yo durante una pesadilla. El anciano, expliqué, se había marchado al campo. Recorrí toda la casa con mis visitantes. Los invité a buscar, a que buscaran con detenimiento. Los conduje, para acabar, al dormitorio del anciano. Les mostré sus tesoros, seguros, inalterados. Dado el

entusiasmo nacido de mi confianza, traje sillas a la habitación, y les supliqué que descansaran allí de sus fatigas, mientras yo mismo, con la absurda audacia provocada por mi triunfo impecable, coloqué mi asiento en el sitio mismo donde reposaba el cadáver de mi víctima.

Los policías manifestaron su satisfacción. Mi actitud los convenció. Yo no podía estar más tranquilo. Sentados, mientras por mi parte les respondía alegremente, conversaron sobre temas familiares. Pero, antes de que transcurriera mucho tiempo, me sentí palidecer y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y me pareció que me zumbaban los oídos: pero ellos siguieron sentados, sin dejar de charlar. El zumbido se hizo más intenso; continuaba y cada vez se oía mejor; hablé con mayor locuacidad para superar aquella sensación, pero el zumbido persistía y se hacía cada vez más definido, hasta que, a la larga, descubrí que el ruido no procedía de mis oídos.

Sin duda palidecí visiblemente, pero me empeñé en hablar con más soltura y en voz más alta. El sonido, sin embargo, aumentó de volumen... y, ¿qué podía hacer yo? Era *un sonido débil, sordo y rápido, muy parecido al que hace un reloj cuando está envuelto en algodón*. Me quedé sin aliento, aunque los policías seguían sin oírlo. Hablé más deprisa, con mayor vehemencia, pero el sonido no cesaba de crecer. Me puse en pie y discutí sobre nimiedades, con voz muy aguda, y gesticulé con violencia, pero el sonido era cada vez más perceptible. ¿Por qué no se habían marchado aún los policías? Me paseé de un lado a otro de la habitación dando grandes zancadas, como si me hubieran enfurecido sus observaciones, pero el sonido no dejaba de ir a más. ¡Dios santo! ¿Qué *podía* hacer? ¡Eché espuma por la boca, desvarié, maldije! Moví la silla sobre la que había estado sentado y la arrastré sobre



las tablas del suelo, pero el sonido se superponía a todo y aumentaba sin parar. ¡Más alto, siempre más alto! Pero los policías aún charlaban amablemente y sonreían. ¿Era posible que no lo oyeran? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Sin duda oían! ¡Sospechaban! ¡Sabían! ¡Se burlaban del horror que me dominaba! Fue aquello lo que pensé entonces y aún sigo pensándolo. Pero ¡cualquier cosa era mejor que tanta angustia! ¡Cualquier cosa más tolerable que aquella burla! ¡No podía soportar por más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que necesitaba gritar o morirme! Y entonces, ¡de nuevo! ¡Atención! ¡Más fuerte! ¡Y más y más!

—¡Bellacos! —grité—; ¡dejen de disimular! ¡Reconozco mi crimen! ¡Arranquen las tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Son los latidos de su horrible corazón!